

NEUROSIS – EDIPO

1. La Neurosis.

- Neurosis infantil
- Neurosis clínica

2. El Complejo de Edipo en Freud

3. Lectura actual del Complejo de Edipo

4. La neurosis en la Latencia

1. La Neurosis

Se puede definir la neurosis como la consecuencia del fracaso del Yo en llevar a cabo su labor de síntesis entre los tres frentes a los que tiene que dar solución: las pulsiones del Ello, las exigencias del Superyó y las presiones de la realidad.

Este fracaso se expresa en sufrimiento psíquico, incapacidad de satisfacer las pulsiones y de establecer adecuadas relaciones interpersonales.

El conflicto se da entre las pulsiones que tienden a la descarga y otras fuerzas psíquicas que se oponen a ella. Es un conflicto entre el Ello y el Yo, bajo la influencia del Superyó.

Un factor importante en la etiología de las neurosis es la fijación intensa en una de las fases del desarrollo libidinal.

Ante la imposibilidad de hacer frente a este conflicto el Yo recurre a distintos mecanismos de defensa, que van a dar a distintos tipos de neurosis.

El síntoma es una creación del Yo que intenta contener las pulsiones eróticas y destructivas, pero al mismo tiempo satisfacerlas en parte. Es una formación de compromiso.

Cada tipo de neurosis tiene una sintomatología distinta resultado del intento de resolución del conflicto de una manera característica.

La defensa psíquica se levanta frente a excitaciones pulsionales internas, displacenteras o penosas por inconciliables con el Yo.

El tipo de defensa que se utiliza va a determinar el tipo de neurosis: histeria, neurosis fóbica y neurosis obsesiva.

Lo determinante no es el contenido pulsional, ni el temor a sus consecuencias; estos son universales y remiten al conflicto central de la neurosis que es el Complejo de Edipo. Lo que lo determina es el tipo de defensa.

El conflicto: Los dos polos son siempre el Yo y la pulsión. ¿Por qué lo pulsional se vuelve displacentero? Lo placentero para un sistema, la pulsión, puede no serlo para otro, el Yo.

Lo que se reprime es algo que está prohibido y la defensa es frente a la angustia, frente al Superyó.

La defensa está relacionada con la angustia, se desencadena la defensa por la angustia del Yo ante el Superyó. La represión pasa a ser un caso específico de defensa, específica de la histeria. Las defensas afectan no sólo a las pulsiones eróticas, sino también a las agresivas.

Mecanismo de la represión: Tres fases:

1. Represión primaria: fija la pulsión a una representación inconsciente, lo que da lugar a la formación de cierto número de representaciones (reprimido originario) y que es responsable de la separación entre Inconsciente/Consciente.
Antes de esta separación sólo había dos mecanismos de defensa: la vuelta contra sí mismo (activo pasivo) y la transformación en lo contrario (sadismo/masoquismo, exhibicionismo/voyerismo). Este núcleo de lo inconsciente ejerce una atracción sobre los contenidos a reprimir.
2. Represión propiamente dicha.
3. Fracaso de la represión y retorno de lo reprimido, que va a dar lugar al síntoma.

Para constituirse en sujeto es necesario diferenciarse del otro y reconocer la diferencia entre padre y madre. Es necesario que funcione la barrera del incesto que ponga freno a la pulsión y tener un escenario y mundo interno simbólico que canalice y sustituya el empuje pulsión al. Esta sería la pulsión ligada puesta al servicio del Eros.

En la neurosis vamos a encontrar una insuficiente elaboración edípica; el neurótico permanece atrapado en el triángulo edípico, dando lugar a una introversión de la libido, que se queda fijada a objetos de la infancia. El Edipo y la castración están en el corazón de la estructura neurótica.

Si definimos la neurosis como el sufrimiento psíquico provocado por la coexistencia de sentimientos en conflicto de amor y odio y de deseos incestuosos respecto de las personas de las que se depende y a las que se ama, vamos a tener en el Complejo de Edipo el modelo de todas las neurosis.

Se puede decir entonces, que hay una neurosis “normal” resultado de la incompleta desexualización de los padres y en este sentido todos somos neuróticos.

Y hay otra neurosis clínica, patológica que se manifiesta en síntomas fóbicos, obsesivos e histéricos que se produce por traumas ocurridos o fantaseados en el periodo edípico. Abandonos reales o imaginados pueden producir fobias; maltratos y humillaciones: obsesiones; seducciones: histerias. Lo

que todas estas neurosis tienen en común es que su motor es la angustia de castración.

2. El Complejo de Edipo en Freud

Freud descubre el Complejo de Edipo en su autoanálisis; aunque hasta 1910 no aparece nombrado como tal, el concepto se había ido desarrollando anteriormente.

No hay ningún trabajo que explique sistemáticamente el concepto, que se desarrolla a lo largo de toda su obra.

Aunque su descubrimiento se refiere a la forma simple en el varón, tal y como se narra en el mito griego, el complejo en su versión completa es el que ha trascendido.

Se trata de una actitud ambivalente del niño hacia ambos padres por interacción de los componentes homo y heterosexuales; con impulsos eróticos y agresivos o de rivalidad dirigidos hacia ambos progenitores.

El Complejo de Edipo tiene carácter universal, más allá del tipo de familia o de sociedad: se considera que la prohibición del incesto es la ley universal de la cultura que diferencia al ser humano de la naturaleza.

Trasciende lo vivido individualmente, pues las fantasías originarias (variantes de la estructuración triangular) son filogenéticamente transmitidas.

Tiene un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo.

Es un eje fundamental de referencia para lo patológico, según las modalidades de fijación, planteamiento y resolución.

La situación triangular edípica va precedida de una compleja relación dual en la que se van a producir las fijaciones que van a dar lugar a las diversas estructuras psicopatológicas.

Pero para Freud el Complejo de Edipo es el nuclear de las neurosis (Sepultamiento del Complejo de Edipo).

El Complejo de Edipo se produce durante la etapa libidinal denominada fálica y tiende a ser reprimido, o, mejor aún, a ser sepultado, dando lugar a la latencia y volviendo a presentarse como segundo momento en la adolescencia.

Como resultado de su imposibilidad interna el Complejo de Edipo se irá al fundamento.

La fase fálica contemporánea al Complejo de Edipo, se hunde y es relevada por el periodo de latencia. En la fase fálica el niño sólo conoce un genital, el masculino y lo atribuye a todos los seres. La amenaza de castración (por la masturbación o por la enuresis) hace que el Edipo se vaya al fundamento.

Ha habido precursores de la castración: la pérdida del pecho y de las heces, pero es la visión de los genitales femeninos la que hace representarse la pérdida del pene.

La masturbación es la descarga genital de la excitación sexual del Complejo de Edipo.

El Complejo de Edipo ofrece al niño dos vías de satisfacción: situarse de forma masculina en el lugar del padre o sustituir a la madre y hacerse amar por el padre; las dos conducen a la castración, la primera como castigo y la segunda por femenina.

El conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los padres lleva al extrañamiento del Complejo de Edipo. Las investiduras son resignadas y sustituidas por identificaciones, formando el núcleo del Superyó.

Las aspiraciones libidinosas son en parte desexualizadas y sublimadas (como en toda identificación) y en parte inhibidas en su meta y transformadas en mociones tiernas. Con esto queda inaugurado el periodo de latencia.

Esto es más que una represión. Supone una destrucción y cancelación del Complejo de Edipo. Aquí está el límite nunca tajante entre lo normal y lo patológico; si el Yo no logra mucho más que una represión, éste subsistirá en el inconsciente, en el Ello y manifestará su efecto patógeno.

Fálica - Complejo de Edipo -Castración → Superyó – Latencia

¿Y en la niña?

No es igual que en el niño, aunque también se dan todos estos procesos.

“La anatomía es el destino”. Para la niña el clítoris funciona como el pene. Piensa que ya le crecerá o que tuvo uno igual de grande, pero lo perdió. Primera diferencia: la niña acepta la castración como un hecho consumado.

Excluida la angustia de castración falta el motivo para instituir el Superyó y abandonar la fase fálica. Parece depender más de la amenaza de la pérdida del amor.

La niña se desliza del pene al hijo y su Complejo de Edipo culmina en el deseo de recibir un hijo del padre. El deseo de tener un hijo y el de tener un pene permanecen en el inconsciente. Freud no se muestra satisfecho con esta teoría e intenta profundizar más en ella.

Es común a los dos sexos la acometida sexual en dos tiempos, interrumpida por la latencia.

En la fase fálica se tienen los comienzos de una organización que subordina las pulsiones parciales al primado de las genitales, lo que significa el principio de ordenamiento de la aspiración general de placer dentro de la función sexual. La organización plena sólo se alcanza en la pubertad y en la fase genital.

Los dos sexos comienzan por poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual y ambos parten de la premisa de la presencia universal del pene. Pero aquí los caminos se separan.

Aunque para ambos sexos la madre ha sido el primer objeto de amor, la niña ha de encontrar el camino hacia el padre y además ha de resignar el clítoris como zona genital rectora por la vagina.

La fase preedípica en la mujer adquiere una gran importancia, el vínculo-madre originario es en la niña muy intenso, largo y rico.

La niña llega a la situación edípica normal positiva después de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo.

La vida sexual en la mujer se descompone en dos fases, la primera de carácter masculino y sólo la segunda específicamente femenina.

Esta intensa ligazón es muy ambivalente y la hostilidad hacia la madre proviene de esta fase y halla refuerzo en la situación edípica.

El motivo del extrañamiento de la hija respecto de la madre es el reproche de no haberle dado un pene, de haberla hecho mujer.

Los efectos del Complejo de Castración en la mujer son varios:

La niña reconoce su castración y su inferioridad ante el varón, al tiempo que se rebela contra esta situación.

Esta situación conduce a tres caminos:

1. Aterrorizada por la comparación renuncia al quehacer fálico (masturbación) y a la sexualidad en general. Inhibición sexual o neurosis.

2. Retiene la masculinidad. Amenaza y persiste la esperanza de poseer un pene y la fantasía de ser un varón: complejo de masculinidad elección homosexual manifiesta.
3. El Edipo normal: el complejo de castración no destruye el Complejo de Edipo, sino que lo crea.
Éste es más difícil y complicado que en el varón. Ha de cambiar la zona erógena (clítoris o vagina) y el objeto (madre o padre) mientras que el varón retiene los dos.

El complejo de castración se inicia también, como en el varón, con la visión de los genitales del otro sexo, lo que le lleva a caer presa de la “envidia del pene”. Renuncia a la masturbación y al amor a la madre fálica al descubrir que también está castrada, y a los motivos de hostilidad hacia ella que ha ido reuniendo durante la fase preedípica se añade el definitivo que le hace volver hacia el padre. El pene que la madre le ha negado, espera obtenerlo del padre.

La situación femenina sólo se establece cuando el deseo de pene se sustituye por el deseo de hijo. La niña había deseado ya anteriormente un hijo en la fase fálica, pero este deseo no era propiamente la expresión de su femineidad sino una identificación con la madre con el propósito de sustituir la pasividad por actividad.

Con la transferencia del deseo del hijo-pene al padre la niña ingresa en el Complejo de Edipo. La hostilidad hacia la madre experimenta un refuerzo, pues la madre aparece como rival que recibe lo que ella anhela.

La identificación madre en la mujer tiene dos estratos: el preedípico que consiste en una ligazón tierna y la toma como arquetipo y uno edípico que quiere eliminarla y sustituirla junto al padre.

La primera es decisiva para el futuro de la mujer.

La fantasía de seducción por el padre es típica del Complejo de Edipo en la mujer, pero se encuentra también en la prehistoria preedípica de la niña en la que la seductora es la madre.

3. Lectura actual del Complejo de Edipo

“Las relaciones del niño con su madre constituyen para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexual... Probablemente una madre se sienta por entero sorprendida si se le dice que mediante sus ternuras despierta la pulsión sexual de su hijo. La madre cree que sus gestos demuestran un amor asexual y puro en el cual la sexualidad no tiene lugar... Pero, como sabemos, no sólo la excitación de la zona genital despierta la pulsión sexual, también la ternura puede ser muy excitante” S. Freud

El complejo de Edipo es un concepto clave y central en la teoría psicoanalítica. Es preciso aclarar algunos de los malentendidos más frecuentes que surgen cuando se habla del complejo de Edipo.

El primer punto que querría aclarar, lo que tal vez sea innecesario, es que cuando en psicoanálisis se habla de sexualidad, no hay que confundirlo con genitalidad. La sexualidad es un concepto mucho más amplio, que tiene que ver con lo pulsional, con lo placentero, con la psicosexualidad infantil.

En cuanto al Complejo de Edipo el cliché más extendido vendría a decir “el niño está enamorado de su madre y odia a su padre; la niña está enamorada de su padre y odia a su madre”. Éste es otro malentendido que convendría aclarar. El Complejo de Edipo no es algo tan superficial y simple como muestra este estereotipo de amores y odios. En primer lugar, porque no incluye los sentimientos de ambivalencia (amor-odio) hacia los dos progenitores (padre-madre) que se dan en todo sujeto y que se conoce como Edipo Completo, es decir, la suma del Edipo Positivo y del Edipo Invertido que toda persona ha de atravesar para alcanzar su identidad sexual.

En segundo lugar, porque el Edipo no es sólo una historia de amores y odios, es sobre todo una historia de sexualidad, de pulsiones, de excitación, de cuerpos excitados, de deseos, de fantasías, de placer, de tocar, mirar, exhibir, morder, acariciar...

Y finalmente este cliché es engañoso porque olvida algo fundamental. El Complejo de Edipo es Inconsciente, es una fantasía que funciona, organiza, estructura, humaniza y obra en el Inconsciente.

Es también un mito y un concepto que nos sirve para entender y explicar la neurosis y la normalidad. Freud decía: “Cada recién llegado al mundo de los seres humanos debe atravesar el Complejo de Edipo y quien no logra hacerlo, está condenado a la neurosis”.

Sabemos que el Edipo tiene un efecto normativizante y civilizador en tanto regula las reacciones de parentesco e introduce la prohibición del Incesto. El Edipo no es sólo el origen de la neurosis, sino que es en sí mismo una neurosis infantil, la

primera neurosis o el modelo de la neurosis. La primera neurosis “sana” en la vida del hombre. La segunda es la adolescencia.

Se puede decir entonces, que hay una neurosis “normal” resultado de la incompleta desexualización de los padres y en este sentido todos somos neuróticos. Y hay otra neurosis clínica, patológica que se manifiesta en síntomas fóbicos, obsesivos e histéricos que se produce por traumas ocurridos o fantaseados en el periodo edípico. Abandonos reales o imaginados pueden producir fobias; maltratos y humillaciones: obsesiones; seducciones: histerias. Lo que todas estas neurosis tienen en común es que su motor es la angustia de castración.

El Complejo de Edipo comienza con la sexualización de los padres y después de aceptar la ley del Incesto desembocará en la desexualización de éstos y en la identidad sexual, siendo el motor, como queda dicho, la angustia de castración.

Al comienzo el niño sexualiza a sus padres, los toma como objeto de sus deseos y fantasías, sin temor ni pudor y sin sentido moral. Se trata de un deseo y una excitación vividos en la cabeza de un niño de pocos años. Rápidamente el niño va a sentir estos deseos como un peligro. Teme ser castigado por ello y también no poder dominarlos y enloquecer.

Nos encontramos aquí con el núcleo del conflicto, de la neurosis, deseos y excitaciones por un lado y angustia por otro: placer y temor. En este momento el niño no encuentra otra salida que el olvido, la represión: la amnesia infantil.

Como consecuencia de ella se irá formando el Superyó heredero de este Complejo de Edipo y quedará libre para buscar nuevos objetos, desarrollar el sentimiento de culpabilidad, descubrir el pudor, la intimidad, la moral, entrando en la relativa calma que supone la latencia mediante los mecanismos que iremos viendo más adelante.

Esta relativa calma se verá de nuevo alterada por el empuje pulsional de la pubertad en la que el Edipo sufrirá una reactualización que permitirá al joven una nueva salida: alcanzar la identidad sexual, la alteridad y la exogamia.

El Edipo se desarrolla durante la fase libidinal, llamada fálica. Recibe este nombre porque los niños aún no han llegado a adquirir la noción de la diferenciación sexual. Para ellos sólo existe un genital, el Fallo, que está representado por el pene. Conviene aclarar a qué se denomina Fallo. Fallo no es el pene. Fallo es el pene idealizado, fantaseado, símbolo de la omnipotencia. En este momento tanto los niños como las niñas creen poseer un Fallo y se lo atribuyen a todas las personas; para ellos es un atributo universal.

La sexualización de los padres está relacionada con el intento infantil de hacer realidad un deseo incestuoso irrealizable. El deseo jamás saciado que toma

como objeto a uno de los padres, de alcanzar con él, no el placer físico, sino una fusión total, el goce, en el lenguaje lacaniano, algo cercano a la pulsión de muerte. Es una unión mítica, irrealizable, un deseo loco, que tiene que ver con el retorno al estado original; a la ausencia de tensión absoluta, a la descarga total (por eso lo de la pulsión de muerte) y que no tiene nada que ver con los abusos sexuales y los pasos al acto incestuoso entre padre e hijas y menos frecuentemente entre madre e hijos.

Insisto, es algo relacionado con un condensado de tendencias eróticas y agresivas, es un deseo mítico de lo absoluto, de la felicidad perfecta de dos seres convertidos en Uno, el deseo loco de penetrar a la madre para encontrar la fusión.

El Edipo es, para resumir, el deseo sexual de un niño pequeño que no tienen ni la madurez mental ni corporal para asumirlo. El niño se inventa fantasías como una manera de satisfacer esos deseos locos de una madre imaginaria. Una fantasía es una escena casi siempre inconsciente, pero como luego veremos en los sueños diurnos en la latencia puede ser consciente, destinada a satisfacer un deseo inconsciente. Es la manera de ligar y de representar un deseo. Proporciona un alivio y tiene como función reemplazar una acción real por una acción fantaseada, que reduce la tensión y produce placer, pero también puede producir angustia o dolor. Esto es importante para tenerlo en cuenta; incluso síntomas invalidantes como algunos síntomas fóbicos u obsesivos pueden preservar de la psicosis, de una ruptura mental grave, y uno debe ser respetuoso también con los síntomas y entender que pueden tener una función de salvaguardia.

Volviendo al Edipo. Las sensaciones experimentadas en el cuerpo despiertan un deseo (profundamente el deseo mítico incestuoso) hacia el cuerpo de los adultos que se satisface en una fantasía que se vehiculiza a través de un sentimiento, una conducta, una palabra. Por ejemplo: mirar, espiar a los padres, jugar a papás, decir palabrotas, hacer el payaso, morder, tocar...

4. La neurosis en la Latencia

A partir de la latencia se puede hablar con más precisión que en períodos previos de neurosis obsesivas, fobias. Para Freud la auténtica neurosis del niño en período de latencia se caracteriza por la inhibición especialmente la intelectual. La histeria en sus formas clásicas no pertenece a la patología de la niñez. Es en la adolescencia cuando se presenta. Las raras ocasiones en que aparecen en los niños conversiones, el medio parece jugar un papel muy importante por abusos o seducciones de un adulto.

En cuanto a las neurosis, aunque no se trata de estructuras totalmente consolidadas, sino más bien de “disposición hacia”, van adquiriendo mayor organización. También se puede discriminar entre caracteropatías y neurosis,

según el grado en el que Yo sucumba o enfrente el síntoma. También conviene distinguir entre transitoriedad o de permanencia del trastorno.

La configuración neurótica prevalente en la latencia son las conductas obsesivas. Se trata habitualmente de pequeños rituales persistentes y de unos rasgos de carácter todavía perfectamente egosintónicos con el Yo del niño. Sin embargo, también se presenta la neurosis obsesiva como tal.

Y también podemos hablar en sentido estricto de síntoma neurótico tal como es entendido en psicoanálisis.

El síntoma es definido como una formación de compromiso entre instancias y con la realidad. Por tanto, antes de la instalación del Superyó edípico no se podría hablar de síntoma. Tendríamos que hablar de signos, de expresiones, de trastornos, o de patología. Por ejemplo: una enuresis primaria casi con toda seguridad es más bien una expresión de una descarga pulsional, no es un síntoma neurótico.

Para poder establecer un diagnóstico de neurosis convendría diferenciar entre síntoma y trastorno. Un mismo “síntoma” puede aparecer en estructuras muy diversas y tener valor muy diferente también, según se trate de un adulto o de un niño y según aparezca en una organización psíquica o en otra.

El síntoma está siempre al servicio de la economía libidinal. Es una transacción de compromiso entre sistemas. Es decir, comporta un beneficio primario, no sólo secundario. El trastorno es un ejercicio de satisfacción pulsional directa, no inhibida, no desplazada, no reprimida que no ha retornado a través de la formación de un síntoma, porque una nunca fue reprimida. Mientras que el síntoma viene definido por el retorno de lo reprimido, de que aquello que no fue suficientemente reprimido.

En la neurosis obsesiva del sujeto frente a una representación inconsciente produce un acto de contrainvestidura a fin de mantener inconsciente dicha representación. Y esto toma el carácter de una compulsión, de algo que se siente obligado a hacer, para que no ocurra algo terrible. Lo reprimido ha quedado inconsciente y lo que aparece en la consciencia es la contrainvestidura, una formación sustitutiva, un desplazamiento. Por ejemplo: lavarse las manos. Sin embargo, en la masturbación compulsiva, por ejemplo, hay un ejercicio directo de la pulsión, que no ha sido reprimido, que no se intenta mantener, no se puede mantener en el inconsciente. La neurosis es el retorno de lo reprimido mediante el síntoma, no el retorno de lo reprimido puro, en un acto. Lo reprimido siempre aparece disfrazado, distorsionado, desplazado, escondido.

Por lo tanto, si como hemos dicho el trabajo de Latencia se ha producido con posterioridad a la represión o sepultamiento del Complejo de Edipo; y como resultado de éste existe un conflicto entre sistemas (Yo-Ello-Superyó) y un retorno de lo reprimido, se puede hablar con pleno derecho de neurosis en la latencia.

BIBLIOGRAFIA

- Conferencia 32. S. Freud, Tomo XXII. Ed. Amorrortu.
- Esquemas del Psicoanálisis. S. Freud, Tomo XXIII. Ed. Amorrortu.
- Sobre sexualidad femenina. S. Freud, Tomo XXI. Ed. Amorrortu.
- El Edipo. Nasio. Psicología profunda. Ed. Paidós
- La constitución del sujeto ético. S. Bleichmar. Psicología profunda. Ed. Paidós